

Una fidelidad con heroísmo sonriente¹

1. Es difícil describir con palabras la emoción que vivieron los discípulos de Jesús aquel inolvidable día de la Ascensión del Señor. Clavando la vista en el cielo, en la cima del Monte de los Olivos, van apreciando cómo, poco a poco, el Señor sube a las alturas hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Se quedan pasmados, inmóviles, conmovidos... hasta que unos ángeles los invitan a volver a la realidad: *Galileos, ¿qué hacen ahí parados mirando al cielo?*²

San Lucas, el autor del libro de Los Hechos, nos ofrece, a continuación un detalle realmente encantador. Apunta que entonces regresaron a Jerusalén desde el monte y se dirigieron al Cenáculo. Y que, en ese sitio, todos los apóstoles *perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y con María, la madre de Jesús*³.

Queridos hermanos de la parroquia de San Josemaría, en Santa Fe, nosotros esta tarde estamos haciendo exactamente lo mismo. Venimos con la mayor ilusión, con el alma inundada de gozo tras habernos encontrado con Cristo resucitado y elevado al Cielo, a reunirnos con nuestra madre, Santa María de Guadalupe. En aquella memorable ocasión, los discípulos se encontraban entre perplejos y atemorizados. No sabían muy bien lo que habría de suceder y no se les ocurre otra cosa que buscar refugio en Nuestra Señora. Y es ella, entonces como ahora, la que da unidad, fortaleza y esperanza a toda la Iglesia.

2. Acabamos de escuchar en el Evangelio de san Marcos, que Jesús subió al Cielo y se colocó a la derecha de Dios⁴. El saber que nuestro Salvador está gloriosamente junto al Padre, nos llena de esperanza. Como dice el prefacio: *Jesús, Rey de la gloria, triunfador del pecado y de la muerte, ante la admiración de los ángeles, ascendió hoy a lo más alto de los Cielos (...) No para alejarse de nuestra pequeñez, sino para que pusiéramos nuestra confianza en llegar, como miembros suyos, a donde Él, nuestra cabeza (...) nos ha precedido*⁵.

Tenemos, pues, la firme esperanza de llegar algún día al Cielo y estar, con Él, alabando a Dios por toda la eternidad. Pero, mientras llega ese feliz día, hemos de luchar a brazo partido por instaurar su Reino entre nosotros. Y más en concreto, en esta tierra mexicana tan atribulada por diversos males.

Cuando, hace un par de años, estuvo entre nosotros el Papa Francisco, vino a visitar a la Virgen en su casita de Guadalupe, y nos invitaba a mirar, en silencio, atentamente a nuestra Señora y a escuchar que nos vuelve a decir: “¿Qué hay, hijo mío, el más pequeño?” (Nican Mopohua) “¿Qué entristece tu corazón? ¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?” (Ibid.). Ella nos dice que tiene “el honor” de ser

¹ Homilía en la Tercera Peregrinación de fieles de la parroquia de San Josemaría a la Basílica de Guadalupe.

² Primera lectura, *Hechos* 1, 11.

³ *Ibid.* 1, 14.

⁴ Evangelio, *Marcos* 16, 19.

⁵ Misal Romano, *Prefacio de la Ascensión* I.

*nuestra madre, insistía Francisco. Eso nos da la certeza de que las lágrimas de los que sufren no son estériles. Son una oración silenciosa que sube hasta el Cielo*⁶.

3. Cada uno tenemos nuestras personales intenciones que ponemos esta tarde, en silencio, a los pies de María. Hemos traído aquí nuestras penas y alegrías. Y bien sabemos que las penas, compartidas con Ella, disminuyen; mientras que las alegrías compartidas, aumentan. Hoy le confiamos especialmente nuestras familias, con todas esas peculiares circunstancias que Ella conoce mejor que nadie, para que las tome en sus manos y las meta en su Inmaculado Corazón. Es más, queremos nosotros mismos, meternos en ese Corazón lleno de ternura.

Les comento, lo que muchos de ustedes saben bien, que hoy 12 de mayo, en algunas partes del mundo, se recuerda la amable figura del beato Álvaro del Portillo, el fiel sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei. En una ocasión, haciendo su oración en voz alta, ante esta bendita tilma de Juan Diego aquí, en la Basílica, decía: *Madre nuestra (...) métenos en tu Corazón Dulcísimo, para que amemos a Jesús como Tú le amas. Introdúcenos en ese Corazón tuyo (...) y haz que, metidos allí, vivamos como Tú vives, sintamos como Tú sientes, nos alegremos con las alegrías de Dios, reparemos por las ofensas que se le hacen, tengamos unidad de vida*⁷.

Vale la pena subrayar esta última petición: que tengamos una ***unidad de vida, sencilla y fuerte***, como le gustaba decir a san Josemaría. Que lo que hoy con emoción le pedimos para nosotros, para nuestras familias, para nuestra querida Patria, luego no lo neguemos con una *vida incoherente*. Con una conducta extraña a las exigencias del Evangelio.

4. Porque no por muy conocido, deja de ser una gran verdad que debemos distinguir entre lo que depende de nosotros y lo que no depende de nosotros. En efecto, hay cosas que están en las manos de Dios y en la libertad de otras personas. A Dios, pues, le pedimos con fe, por medio de María Santísima, eso que solo Él puede lograr: unidad y paz para nuestras familias, un país cada vez más próspero, con igualdad y justicia, con seguridad y sin violencia, con buenos gobernantes emanados de las próximas elecciones...

Pero, hermanos míos, a la vez, debemos poner todo el empeño posible por ser fieles en lo que ciertamente depende de cada uno. La Virgen fue fiel como nadie en el cumplimiento de su vocación; san Juan Diego fue un fiel embajador de nuestra Señora. San Josemaría y san Juan Pablo II fueron hijos muy fieles de Dios y de la Virgen de Guadalupe, lo mismo que el beato Álvaro del Portillo.

Por ser 12 de mayo quisiera evocar una nota característica y muy atractiva de la fidelidad de don Álvaro. Vivía esta virtud con un *heroísmo sonriente*. En los años cincuenta, estaba delicado de salud, sufriendo cólicos fuertes que le causaban tremendos

⁶ FRANCISCO, *Homilía en la Basílica de Guadalupe*, 13-II-2016.

⁷ BEATO ÁLVARO DEL PORTILLO, Palabras pronunciadas en la Basílica de Guadalupe, el 22 de mayo de 1983. Cfr. J. MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, p. 593.

problemas digestivos y le obligaban a guardar cama. Pero no tenía más remedio que trabajar en muchas gestiones difíciles que solo él podía hacer y de las que dependía el pago de los obreros en la construcción de la sede central del Opus Dei en Roma y, más ampliamente, la alimentación de muchas personas. Un testigo presencial de los hechos, cuenta que en una ocasión, de parte de san Josemaría (que lo sintió muchísimo), fue a sacarlo de la cama. Al recibir el encargo, sonrió, y sin la menor señal de molestia, dijo: *Sí, ahora me levanto, espérame en el garaje, enseguida bajo*⁸ (A. del P. Un hombre fiel).

Empeñémonos, con la ayuda de la Virgen María, en ser cada uno fieles en lo que dependa de nosotros. Que cumplamos nuestros deberes ordinarios con ejemplaridad, con mucho amor de Dios y, si es posible, sonriendo.

Don Álvaro aprendió de su madre, que era mexicana, una oración a la Virgen que muchos de nosotros aprendimos de nuestras abuelas. Quisiera terminar esta homilía rezándola con todos ustedes:

*Dulce Madre, no te alejes, tu vista de mí no apartes.
Ven conmigo a todas partes y solo nunca me dejes.
Ya que me proteges tanto como verdadera Madre,
haz que me bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
Amén.*

Francisco A. Cantú, Pbro.

Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe, Ciudad de México, a 12 de mayo de 2018.

⁸ J. MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, p. 321.